

## El asesinato de Cecily Thane

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Murder of Cecily Thane*

En cubierta: © rawpixel

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-87688-67-7

Depósito legal: M-21.655-2025

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Harriette Ashbrook

EL ASESINATO  
DE CECILY THANE

Traducción de Natalia Zarco

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

—Hay momentos, querido hermano mío, en los que me pregunto por qué Dios sigue dejándote vivir.

Sin parar de andar de un lado a otro a grandes zancadas por el despacho, y sin sacar las manos de los bolsillos, el fiscal del distrito contrastaba mucho con el joven que tenía delante.

Acomodado en un gran sillón de piel, con una pierna colgando con indiferencia del reposabrazos, el joven se limitaba a exhalar lentas nubes de humo. Tenía una sonrisilla en los labios, y el sol primaveral, que se colaba por la ventana abierta, lo inundaba de un agradable calor acorde con su estado de ánimo. Se le veía alegre y despreocupado pese a vestir un traje de noche lleno de arrugas y a que su rostro pidiera a gritos un buen afeitado.

—Te lo repito: hay momentos en los que me pregunto por qué Dios sigue dejándote vivir, para que continúes respirando y metiéndote en problemas.

—Imagino que este es uno de esos momentos, ¿me equivoco?

El joven se expresaba con la indolencia propia de alguien que se divierte y se encuentra a sus anchas en situaciones de ese tipo.

—¡Así es!

—Bueno, es una suerte que Dios no te consulte cuando gestiona el universo.

—Si tienes que hacer que te arresten, ¿por qué no lo haces en cualquier otro sitio que no sea Nueva York? En París..., en Londres..., donde sea, pero ¡no aquí!

— Ya lo he hecho. Cuatro veces en París y tres en Londres. O quizá fue al revés. Por cierto, ¿cómo se llama ese sitio donde me han encerrado esta noche?

— Era la comisaría de policía del distrito 47.

— No es muy interesante, ¿verdad? Sin embargo... — Sacó un cuadernito negro y un bolígrafo de un bolsillo interior y se puso a escribir algo —. Estoy haciendo un listado de los calabozos por los que he pasado — explicó —. Quizá, un día, escriba un libro. *Las prisiones que he conocido*. Será muy divertido. En Mónaco te sirven champán y te lo cargan a la cuenta, ¿lo sabías? Y en París, una vez...

— Deja de decir estupideces y trata de tomarte en serio este asunto.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? Pues porque cada maldito periódico de la ciudad va a publicar la noticia en primera página.

— ¿De verdad? — preguntó el joven sonriendo —. Ah, qué bien; por fin formaré parte de la élite de los que salen en la primera página. ¿Crees que gustará mi foto? ¿O mejor una de los dos juntos? ¿Qué me dices de una imagen apasionada como esta? — Se incorporó de un salto y se arrodilló al lado de su hermano, que lo miraba furioso. Ocultó el rostro tras las manos y encorvó los hombros con una pose humillada del todo falsa —. «Fiscal mete entre rejas a pariente descarriado».

— Escúchame bien, Philip. — La voz del mayor de los hermanos se suavizó por la desesperación y por fin dejó de caminar de un lado a otro; es más, adoptó un tono casi implorante —. Si no eres capaz de tomarte en serio este asunto, al menos intenta ponerte en mi lugar. Aquí soy el fiscal, el que está de parte de la ley, del orden y del decoro; pero a mi hermano, mira tú por dónde, acaban de acusarlo de embriaguez y altercados nocturnos.

— Bueno, ¿qué preferías?, ¿que me acusaran de escupir en el metro o de cometer un crimen?

Al oír esa última palabra, el fiscal hizo una mueca.

—No me hables de crímenes. Ya tengo bastantes entre manos para que venga un burro como tú y lo transforme todo en una chanza.

—Ah, ¿sí? —El joven deshizo su ridícula postura, se levantó despacio y se sacudió las rodillas—. ¿Me estás diciendo que ahora mismo te estás ocupando de un caso de homicidio?

El fiscal del distrito asintió con la cabeza.

—Estaba a punto de desplazarme a la escena de un crimen cuando he tenido que venir a sacarte del calabozo. De todos los momentos en que podías meterte en problemas, ni por asomo habrías podido elegir uno peor.

—Vamos, amigo mío, de nada sirve que sigas repitiendo la misma cantinela. Además, me parece mucho más interesante hablar de tu homicidio.

—Razón no te falta al llamarlo «mi homicidio», porque estoy seguro de que lo acabará siendo. —El fiscal pareció calmarse un poco, pero su aspecto se ensombreció. Luego, estalló de nuevo con cierta irritación—. ¿Por qué tenía que ocurrir esto ahora que me estoy ocupando de las leyes de los bancos nacionales? Los periódicos levantan tanta polvareda con los crímenes... Mira esto, por ejemplo —dijo señalando en su escritorio un ejemplar doblado por la página del editorial.

El joven lo cogió y leyó el párrafo que le indicó su hermano.

Podría ser que la policía local y la administración judicial estén tratando de camuflar sus repetidos fracasos con discursos solemnes sobre «progreso civil» y sobre «reformas necesarias», pero el ciudadano de a pie no se deja engañar por frases grandilocuentes. Además, se da el caso de que, desde que el fiscal del distrito es Tracy, se han producido tres asesinatos que aún no han sido resueltos, lo cual contribuye a su descrédito. En calidad de funcionario del pueblo, encargado de castigar a quienes quebrantan la ley, parece que ha fracasado manifiestamente en el ejercicio de sus fun-

ciones. Alguna investigación más eficaz y menos «reformas necesarias»: eso sería lo único que podría salvar su mandato. Las «reformas», así como la caridad, han de empezar en casa propia.

—Mucho me temo que a ese tipo no le caes simpático —observó soltando el periódico.

—¿Que no le caigo simpático, dices? Están esperando la ocasión de echarme. ¡Malditos periodistas! Si cada día no hay algo nuevo que comunicar, son capaces de inventarse cosas que por lo general son peores que la verdad, y...

—Calma, calma —lo interrumpió el joven queriendo consolarlo—. Cuéntamelo todo. Echa el sapo fuera y te sentirás mejor. ¿Quién ha matado a quién y dónde, cómo y cuándo?

—La muerta es Cecily Thane.

—¿Cecily Thane? —El joven abrió mucho los ojos, mostrando un repentino interés.

—¿La conoces?

—En realidad no, no puedo decir que la conozca. La he visto un par de veces en varios clubs nocturnos, pero lo que sí es cierto es que todo el mundo sabe de sus joyas.

—Muy bien, pues ha muerto. La han asesinado esta noche, y de su caja fuerte particular han desaparecido doscientos mil dólares en joyas. —El fiscal se volvió y con súbita agresividad disparó una pregunta a su hermano—: De todas formas, ¿tú qué sabes de este asunto?

—Calma, calma, Richard, no he sido yo el que ha cometido ese homicidio. Te juro que yo no la he matado. Si no me crees, pregúntale al estupendo sargento y a los dos agentes que han estado jugando conmigo al póker toda la noche.

—Lo que quería decir es: ¿qué sabes tú de ella?

—Solo he oído rumores. Suele salir por ahí acompañada de chicos jóvenes, y por lo general cargada de diamantes. Dicen que no son todos suyos, sino que los coge de la joyería del marido. La llaman «el escaparate ambulante».

—Bueno, ahora que ha muerto, no tiene sentido hablar de eso. Tengo que averiguar quién la ha matado. Ha sido todo un verdadero golpe de suerte el mío.

—Y también el mío. —El joven tendió la mano hacia el sombrero y el bastón que había en el escritorio.

—¿Qué quiere decir eso de «y también el mío»?

—Quiero decir, que estaba a punto de viajar a la Columbia Británica para cazar alces, pero, a la vista de la situación, creo que me voy a quedar en Nueva York para cazar asesinos, un deporte muchísimo mejor. —Se caló el sombrero y señaló la puerta—. ¡Vamos!

—¿A dónde vamos?

—A esa famosa «X» que siempre señala el lugar donde ha aparecido el cadáver.

Era difícil creer que R. Montgomery Tracy, conocido como el fiscal de distrito del Condado de Nueva York, fuera el hermano de Philip Tracy, el alocado joven, cuyo apodo familiar era «Spike», que animaba la vida de muy variopintas gentes a uno y otro lado del Atlántico.

Los problemas matrimoniales del difunto R. Montgomery Tracy sénior y de su mujer podían, al menos hasta cierto punto, justificar las diferencias tan evidentes que existían entre los dos hermanos. Fue al poco de nacer Philip cuando la señora Tracy, una mujer de índole inconstante, de un día para otro se negó a seguir marchitándose bajo las austeras reglas puritanas de su marido. Así que se trasladó a Europa con su hijo menor y allí enseguida pasó a formar parte de aquel grupo de jóvenes simpáticos e irresponsables que revoloteaban entre Saint Moritz, la Riviera francesa y París, con alguna temporada ocasional en Londres o Berlín.

Por eso Philip había crecido como una suerte de híbrido fascinante, mitad norteamericano y mitad europeo, una encantadora combinación de Piccadilly y Broadway, Oxford y

Yale, que dividía su tiempo entre las escuelas de Francia e Inglaterra, y de vez en cuando visitaba a su padre y hermano en Norteamérica.

No había arruinado su vida con algo tan penoso como un trabajo; por supuesto que no. El *college* había sido un grato interludio entre la adolescencia y la madurez: un periodo de fracasos escolares y de triunfos en atletismo y en los bailes estudiantiles. La imposibilidad de obtener una graduación solo le produjo una feliz sensación de libertad en un mundo lleno de lugares donde lo único que esperaban era a un *playboy*: París, Nueva York, Viena...

Había vivido sus veinticinco años de manera intensa y feliz, gracias únicamente al incesante flujo de dólares del patrimonio paterno, una vida del todo inútil, la suya, pero divertidísima.

No obstante, la anterior no sería una valoración de su persona del todo objetiva. Cuando la ocasión lo requería, Philip sabía demostrar una agudeza muy alejada de la línea habitual de su carácter. Tras aquella apariencia traviesa, a menudo la capacidad de su intuición dejaba estupefacto a cualquier testigo que tuviera cerca.

Su hermano, en cambio, distaba bastante de ser así.

A los cuarenta años, R. Montgomery Tracy ya tenía mujer y cuatro hijos, además de notables ambiciones políticas, y su sentido del humor era tan elemental que rozaba lo inexistente. El hecho de haber pasado tantos años en contacto con la magnificencia de la ley le había imprimido una gris severidad que a veces empañaba su capacidad de juicio, sobre todo, en lo relacionado con determinadas emociones humanas. Para alguien como Tracy, uno nunca podía tomarse la vida a la ligera.

Como fiscal de distrito del Condado de Nueva York, demostraba una tenaz eficacia que constituía el orgullo y, al mismo tiempo, la desesperación de sus partidarios. Él creía en ese tipo de hombre cuyos orígenes y honestidad lo situaban por encima de los meros bienes materiales. En la gestión de su cargo, había éxitos de los que él y sus partidarios podían jactarse por

derecho propio. Sin embargo, en cuestiones más imaginativas, se quedaba muy pero que muy corto. Es más, ya circulaban voces de desaprobación por el simple hecho de no haber proporcionado nunca ningún buen «espectáculo» para disfrute de las masas. Pan daba con generosidad; en cambio, como circense, era del todo insuficiente.

En particular, sentía un profundo disgusto por los crímenes. Interferían demasiado con el sólido programa constructivo que se había propuesto; un programa que, con el espíritu utópico que lo caracterizaba, consideraba que debería llevarlo a ascensos políticos cada vez más altos y cada vez más nobles. Además, no hacían más que acabar en su despacho hordas de periodistas que lo ensordecían y llevaban a sus orejas el clamor de un público sediento de emociones fuertes.

Y ahora tenía otro entre manos, un crimen llamativo y espectacular. Los principales periódicos del país habían publicado artículos sobre el inesperado triunfo del comerciante de joyas Elton Thane. Diez años antes, era un simple viajante y ahora era millonario. Importaba piedras raras y preciosas que en el pasado ornaron las testas coronadas ya difuntas de Europa. Era propietario de un caro local ubicado en una elegante avenida y de una filial más pequeña en una zona residencial de Broadway.

Al pensar en los periódicos de la tarde, al fiscal le entró un escalofrío. Mientras recorría la calle Lafayette en coche con su hermano, de camino a una casa de la calle Ochenta y Dos Oeste, la discusión iniciada en la comisaría aún continuaba.

—Mi muy querido muchacho —protestó—, no voy a aceptar que te tomes como unas vacaciones la investigación de uno de los delitos más graves del Código Penal.

—Eso no es así. Voy a dedicarme a estudiar este crimen con la máxima seriedad, y no creo que me sorprenda mucho descubrir que no es tan aburrido como puede parecer.

—En otras palabras: ya te ves en el papel de detective.

—Bueno, algo así.

Por primera vez en la mañana, el fiscal del distrito se echó a reír.

—Herschman se va a poner muy contento.

—¿Quién es Herschman?

—El jefe del Departamento de Homicidios.

—¿Cuándo tendré el gusto de conocerlo?

—En unos quince minutos, más o menos. A esta hora seguro que ya ha llegado a la oficina.

—Ah, entonces, ¿de verdad me vas a llevar contigo?

Pillado por sorpresa, aunque en el fondo el anzuelo lo había lanzado él, el fiscal se paró a pensar la pregunta.

—Bueno, solo esta mañana. Puedes venir conmigo, pero, por favor, evita hacer preguntas sin sentido e intenta ser lo más discreto posible.

—Una suerte de observador oficioso, en definitiva.

—Exacto. Y trata de mostrar una actitud un pelín más seria.

Recuerda que una mujer ha sido asesinada.

—¡Oh, vamos, ya lo sé! —dijo Spike sonriendo.